

habría que indagar en ese campo anchísimo.

»El capítulo de influencias en la tarea lírica de Martí es tan extenso como accidentado. Si en los comienzos se descubre la huella de algunos poetas españoles contemporáneos —Bécquer, Campoamor—, cuando levanta el vuelo las flechas le llegan de todas partes. El dejó escrito que el único modo de no caer en la servidumbre de una literatura estaba en conocerlas a todas. Predicó con el ejemplo, pero había de ocurrir que los poetas de mayor estatura cercanos a su naturaleza le penetraran más hondamente.

»He dicho alguna vez que en la poesía de Martí se adivinan las voces de sus dos grandes viejos, el de Europa y el de América, es decir, las de Víctor Hugo y Walt Whitman. Claro que se denuncian otras, y las de Emerson y Thoreau, que usted recuerda, están entre ellas. Hay que decir, sin embargo, que los aportes más persistentes son los de la Época de Oro española. Ello fuerza a Juan Ramón Jiménez a quejarse del excesivo españolismo de Martí. En él, en efecto, hay mucho de Quevedo y bastante de Graciano.

CH.—También señaló usted la influencia de la mística española.

J. M.—Sin duda; la presencia de lo místico español se le sale en el verso, pero es más patente en su prosa de intimidad, singularmente en sus maravillosos diarios. La verdad es que sin entrar en un estudio dilatado de la que yo he llamado compleja unidad de Martí cuesta entender que un ordenador de realidades, el organizador de la última guerra contra el Imperio español y el revolucionario que ofrece rango decisivo al fenómeno económico, sea un cantor místico como lo fue, ciertamente. Cuando se leen sus meditaciones recónditas y las páginas de su *Diario de campaña*, camino del sacrificio heroico, se le siente fundido con la tarde, con la noche, con las estrellas y en un deseo de la muerte que, en el arranque y en el tono, denuncia la lectura apasionada de los místicos de España. Por claras razones, los momentos místicos de Martí empalman más ajustadamente con los de Santa Te-

resa, cosa explicable, porque los dos fueron apóstoles, fundadores y caudillos.

CH.—Combate la idea de un Martí precursor del modernismo, tal como lo han presentado algunos ensayistas.

J. M.—Sigo creyendo que Martí no fue ni modernista ni precursor del modernismo. El modernismo fue, en lo dominante, en lo válido,

»Hay una frase del excelente crítico español Federico de Onís que me parece decisiva. Dijo un día que Martí no fue modernista porque apuntaba a una modernidad más trascendente. Por ello, lo advertirá usted, el modernismo es una etapa acotable, ubicada y vencida en el tiempo dado; el maritismo, es decir, la acción de las esencias vitales y esté-

do para salvar al hombre.

CH.—¿Se puede hablar de una posible influencia de Martí en Rubén Darío?

J. M.—La influencia de Martí en Darío es cosa innegable. Existe en la poesía, y sobre ello hay un buen estudio de Regino E. Boti, pero en la prosa, el caso es más hondo y mantenido, tanto, que Juan Ramón Jiménez llegó a decir que conocía a Martí antes de leerlo por las crónicas del nicaragüense. Definiendo la estatura del diálogo, exclama Juan Ramón: «¡Qué bien dado y qué bien recibido!». En la mantenida comunicación estilística se expresa la admiración de Darío por Martí, presente en los luminosos comentarios que, muerto el apóstol cubano, le dedicó en *La Nación*, de Buenos Aires. ■ **Declaraciones recogidas por RAMON CHAO. Foto: CRIADO.**



Juan Marinello

El discurso del Nobel de Solienitsin, un moralismo general y antisoviético

«Los demonios de Dostoiévski rampan por el mundo entero... Ante nuestros propios ojos, infestan países donde nunca se les había imaginado y, por secuestros, raptos, explosiones, incendios, están anunciando en estos años su determinación de zapar y destruir la civilización».

Este es un párrafo del discurso de aceptación del Premio Nobel de Alejandro Solienitsin, que lo obtuvo en 1970, pero no fue autorizado a viajar a Estocolmo por las autoridades soviéticas. Solienitsin publicó en 1962 en la revista «Novy Mir», por autorización personal de Krutchev, su novela «Un día en la vida de Ivan Denisovich»; el primer relato de los campos de concentración de Stalin. El éxito fue inmenso. Solienitsin, físico, matemático y biólogo, oficial de Artillería en la segunda guerra mundial, había pasado ocho años en un campo de concentración de Siberia por haber formulado críticas de Stalin. Más tarde fue rehabilitado y, mientras se dedicaba a la enseñanza, escri-

bió la novela que le valió la fama en su país —y en el extranjero— y también la persecución. Propuesto para Premio Lenin en 1964, no solamente fue rechazado, sino que recibió acusaciones de pesimismo y derrotismo por sus novelas: «La casa de Matrona», «Por el bien de la causa», «Sala de cancerosos», prohibida en la URSS, fue publicada en el extranjero. Su última obra es «Agosto, 1914» (publicada en España por Seix y Barral), que en la URSS apareció cortada por la censura. La Unión de Escritores decidió expulsarlo, y en el extranjero se publicaron las actas de las sesiones en que Solienitsin se defendía de sus acusadores. En 1970 se le concedió el Premio Nobel; una decisión que se consideró más política que literaria y que tenía la intención de rendir homenaje no sólo a este escritor, sino a todos los que en el mundo padecen persecución y censura. No fue autorizado a salir de la URSS para recibirlo; se pensó en una ceremonia en su casa de Moscú, en la que el secretario de la Academia de Suécia le entregaría el premio —más de cinco millones de pesetas— y Solienitsin leería su discurso. Pero la ceremonia tampoco fue autorizada. El dinero está depositado en un Banco de Suiza, y el discurso se publica ahora en «Les Prix Nobel», un anuario de la fundación.

El discurso de Solienitsin es combativo y moralista. Describe un mundo en decadencia. En Occidente, «la amplitud de las sacudidas de la sociedad se aproxima a ese punto pasado en el cual todo el sistema se hace metastable y se desmorona». «El tímido mundo civilizado no encuentra nada que oponer al asalto de una resurrección repentina de la barbarie desnuda, aparte de concesiones y sonrisas». Con este párrafo, y una condena del «espíritu de Munich» que sigue prevaleciendo (Munich: el pacto de la Europa democrática con Hitler, buscando un apaciguamiento), Solienitsin parece unirse a las críticas de extrema derecha del mundo occidental y, especialmente, de los Estados Unidos, que culpan a los dirigentes políticos por la «apertura al Este»: las concesiones que entonces se hicieron a Hitler parece homologarlas So-

en lo histórico, un acontecimiento literario iniciado y conformado por Rubén Darío. Basta leer la obra del poeta de Nicaragua y, sobre todo, las definiciones reiteradas de la corriente que inaugura, para convenir que nada tiene que ver con ello la palabra sangrante y apotófica de Martí. En su predicación y en lo más extenso de su obra, Darío pone el acento en lo sensual y en los reflejos exteriores de las cosas, muy a distancia de las conmociones profundas, colectivas o individuales que sufren su contorno y su tiempo.

»Me place aprovechar esta oportunidad para deshacer una falsa consecuencia de mi tesis. No es cierto, ni puede serlo, que, como se ha dicho por ahí, desconozca yo las dotes poderosas de Rubén Darío ni que oculte la bella profundidad de sus últimos cantos. No debe confundirse una apreciación crítica de orden general, de tipo histórico, si puede decirse, con la estimación de un valor insertado en tal meditación.

»La porción mejor de la obra de Darío no es modernista, si se tienen en cuenta las definiciones del evangelio modernista. Y lo que da naturaleza al fenómeno y lo que realizan sus seguidores es lo formal y deleitable. Martí es cosa mayor. Como lo es Vallejo, en el que la poesía vuelve a ser, como en Martí, forcejeo con el mun-

liensin a las que en su punto de vista se hacen a su propio país, aunque lo hace con la suficiente ambigüedad como para poder alegar que dice lo contrario —concesiones soviéticas al imperialismo— o incluso que no habla de política, sino de civilización y barbarie.

Ese mismo tono aparece en su crítica acerca de la ONU, organización «inmoral en un mundo inmoral», que «no es una organización de naciones unidas, sino de gobiernos unidos, en la que todos los gobiernos resultan iguales: los que han sido libremente elegidos, los que han sido impuestos por la fuerza y los que han alcanzado el poder por las armas. Las Naciones Unidas no hacen ningún esfuerzo para que la Declaración de Derechos Humanos, su mejor documento en veinticinco años, sean obligatorios para sus miembros. De esta manera entregan a las gentes humildes a la voluntad de gobiernos que no han elegido».

«Pobre de la nación cuya literatura está intervenida por el poder!», escribe más adelante. «Porque esa intervención no es tan sólo una violación de la libertad de imprenta; es la clausura del corazón de la nación, la destrucción en fragmentos de su memoria». Un escritor «no es un juez distante de su propia nación, sino un cómplice de todo el mal que se comete en su país natal o que cometen sus conciudadanos. Y si los tanques de su patria han inundado el asfalto de una capital extranjera con sangre, las oscuras manchas han salpicado también el rostro del escritor para siempre». Si la frase puede tener muchas aplicaciones en todo el mundo, dicha por Solienitsin es una indudable referencia a la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia en 1968.

«Las fronteras de los estados están enrojecidas por el calor de las alambradas eléctricas y el estallido de las ametralladoras, mientras varios ministros del Interior piensan aún que la literatura también es un asunto interno que cae bajo su jurisdicción, cuando en realidad ya no hay asuntos internos en nuestra tierra superpoblada».

Todo el discurso constituye un desafío más de Solienitsin a las autoridades

de su país: la supuesta elevación moral para condenar el mundo perdido y las civilizaciones en naufragio no ocultan la dirección prácticamente única de sus ataques.

Pérez del Alamo y la revolución en Andalucía

Por motivos diversos, la llamada «revolución de Loja» ha sido objeto de frecuentes recordatorios en los últimos tiempos. De ahí la oportunidad de publicar

el testimonio de su caudillo, el legendario albéitar Pérez del Alamo, hombre singularísimo, sin duda, a pesar de que la historiografía de signo reaccionario insiste en presentárnoslo como un personaje tosco y aventurero. La edición de estos «Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas», preparada con esmero y excelente criterio por Antonio María Calero —Editorial ZYX, Biblioteca «Promoción del Pueblo», Serie p, número 37— viene a cubrir un hueco importante en la documentación de primera mano sobre el XIX, proporcionando un material deci-

sivo para futuras valoraciones de los misteriosos sucesos de Loja.

Importa subrayar ante todo que la ponderación y seriedad con que Calero ha sabido realizar la presente edición, acrecienta considerablemente el valor intrínseco de estas que bien pudiéramos llamar Memorias de Pérez del Alamo.

La obra ahora recuperada consta de dos partes, cada una de las cuales se ocupa de aclarar la participación del veterinario de Loja en los movimientos andaluces de la última fase isabelina. La primera de ellas, como cabeza indiscu-

tible de la «revolución de Loja» de 1861; la segunda como dirigente en las luchas del 68 y sus derivaciones de inspiración republicana. Pérez del Alamo escribió estos «Apuntes...» en 1872 —fecha de la primitiva edición sevillana— y esta circunstancia favorece de manera notable la objetividad de su relato. No podemos dar razón detallada de cuánto de interesante encierra la obra. Señalaremos sólo algunos aspectos de este «testamento» político de una de las figuras más terguersadas de la revolución española.

Ante todo, la confronta-

LA SOCIOLOGIA DE LO POSIBLE

En el número 517 de la revista TRIUNFO, el señor Almazán publica una nota sobre mi libro «La sociología de lo posible». En principio no soy partidario de que un autor polemice con sus críticos: un libro es un producto que de alguna forma se objetiva y vive sus propios significados. Sin embargo, por el carácter de esta crítica, por evitar un abuso posible del papel del crítico, en quien se presupone una previa lectura y una honrada referencia a la argumentación del libro criticado, me veo obligado a escribir esta réplica. Se trata de evitar la manipulación impune de las personas y de los escritos.

Este señor Almazán parte de dos presupuestos. Primero, que todo conocimiento es de izquierdas o de derechas. Segundo, que la sociología, por definición, es de derechas (y utiliza los conceptos «procapitalista», «neocapitalista»). Así, según este crítico, el hecho de que la sociología se haya desarrollado preferentemente en un contexto neocapitalista determina un significado unidimensionalmente conservador. Y ello en todo trabajo sociológico y en todo sociólogo. Esa generalización es repetida sin señalar excepciones; no puede haber sociólogos radicales o críticos más que rompiendo con la sociología (sic).

Estoy en desacuerdo con ambos presupuestos, aunque sobre mis razones no quiero argumentar aquí y ahora: ya lo hago por extenso en el libro. Tan sólo quiero señalar respecto de ello que la sociología ha sido perseguida en algunos países tras golpes ultrar (buenos aliados con el señor Almazán en la condena de la sociología), y que la «contestación» universitaria en los países capitalistas desarrollados procede sobre todo de los estudiantes de sociología. Pero lo que aquí me interesa indicar es que, al encontrarse con un intento de fundamentación teórica de una sociología crítica, ese señor Almazán realiza las siguientes operaciones:

1. Denunciar una supuesta incongruencia en mi argumentación («su contradicción interna», «algo le duele»), sin señalar otra razón más que la sociología; según

él, no puede dejar de ser «ciencia manipuladora», «argumento científico de prestigio al servicio de la definición y control de lo "real"», no puede evitar reflejar «la ideología capitalista dominante en el propio ámbito de las instituciones que han hecho posible la sociología», y que los sociólogos se dedican todos a «servir al poder como teóricos o tecnólogos». Ello llevaría, según el señor Almazán, a que toda posición crítica desde dentro de la sociología sería siempre «ladinamente humilde, en unos; lamentablemente cínica, en otros». De nuevo sus dos presupuestos: hay conocimientos de derechas y de izquierdas, la sociología y los sociólogos son de derechas. El señor Almazán puede estar convencido de ello, por muy falso que resulte, pero, en definitiva, ello no es sino miedo al conocimiento y protección tras el insulto de la desvirtuación. En mi opinión, sostenida en el libro, la sociología posee en la actualidad un instrumental que puede permitirle contribuir a explicitar las alternativas existentes frente al sistema establecido, frente a las definiciones autoritarias del presente y de ciertos futuros como inevitables. Y ello lo orienta teóricamente atendiendo a las bases de las normas y de las sanciones existentes, a los conflictos potenciales y sus desarrollos, a la teoría de las clases, como elementos clave de la configuración de un cierto orden social y de sus posibles cambios. El concepto de «posibilidad» se hallaría en el centro de esa sociología crítica.

2. Callarse todo el contenido del libro. La crítica no se refiere sino al primer capítulo, y aun así lo refleja con total falsedad y cambia todo su sentido. Yo no me opongo a la sociología crítica: sólo veo como científica una sociología crítica, y ello queda bien claro. Ello lo sostengo con un enfoque que el señor Almazán no ha leído, no ha comprendido o ha querido falsificar. Un enfoque que, desde luego, pretende esquivar toda esa morralla dogmática científica que contribuye a que la autodenominada «sociología crítica» sea

algo tan diluido, tan amplio y tan confuso sin tener por qué serlo.

Junto a esto, el señor Almazán se autoatribuye argumentos míos (líneas una a ocho, utilización repetida de los conceptos «realidad» y «posibilidad», reconocimiento de las frecuentes connotaciones conservadoras de la sociología crítica a las tesis del aburguesamiento obrero, etcétera, etcétera). Y, además de disfrazar este libro, ignora mis otros trabajos con los que éste se relaciona. Este señor trae a colación conceptos como «dinámica de las tensiones en el mundo», «lucha de clases», «explotación de los países pobres»: si yo me dedicara como él a la impensada atribución de etiquetas y a la argumentación «ad hominem», por la instrumentalización retórico-estética que hace de esos conceptos, por sus imputaciones ideológicas personales, por el terrorismo de sus argumentos, por la desvirtuación de posiciones ajenas, no resultaría difícil diagnosticarle unos caracteres ético-intelectuales de reminiscencias fascistas. El sabe, o debería saber, que si de algo no se me puede acusar como científico social es de no haber investigado las bases del antagonismo de clases, no haber estudiado «concretamente» esas «tensiones» de las que habla sin saber de qué va, no haber criticado los quebradizos fundamentos de la teoría de la integración, no haber intentado desarrollar una sociología del conflicto y de las clases. En este libro, igual que en los anteriores. Y ello, mal que le pese a este crítico de libros de sociología, mencionando inevitablemente libros anglosajones y utilizando «jerga» académica. Yo no tengo la culpa de que el señor Almazán no sepa sociología, pero él sí la tiene por escribir sobre ella.

Al parecer, este señor se ha esforzado por cumplir obedientemente con el «slogan» de «un libro al año no hace daño» (aproximadamente). Lamento que haya fracasado. La próxima vez lo debería intentar con algo más próximo —en complejidad y en orientación— a la fuente del «slogan». ¿A quién sirve su crítica? ■ JOSE MARIA MARAVALL.